



La  
ejecución de "Los Moros"

**R**ECUERDOS tristes se conservan en el Valle de Santiago, como en otros lugares del territorio nacional, de D. Agustín de Iturbide, proclamado un día emperador de México por el sargento Pío Marcha, y cuyo efímero reinado aseméjase á un sueño de realización felizmente imposible para los que hemos nacido en una época de próspero adelanto y vemos á nuestro suelo iluminarse con la antorcha bendita de la paz, engrandecerse con el redentor influjo de la ciencia, respetado por el saludable predominio de las instituciones que lo rigen, y que al asegurarle la firmeza de su autonomía, le conquistan nuevos laureles en las lides supremas del trabajo y le predicen un porvenir de gloria en el concierto universal de las naciones.

Y no originan esos recuerdos los odios sistemáticos de partido, ni los rencores que nacen del cieno nauseabundo de mezquinas y detestables pasiones; ellos han brotado de la conmiseración y de las lágrimas, de igual modo que el melancólico ciprés y el sauce llorón sobre la superficie de la tierra que cubre los sepulcros en los dominios de la muerte; ellos traen á la memoria la sangre derramada por el jefe realista en los tiempos sombríos en que las ideas de libertad se consideraban como un atropello al régimen monárquico, y los que laboraban en beneficio de tales ideas como enemigos de la paz y prosélitos de asonadas y disturbios más ó menos comprometedores para la tranquilidad de los países sometidos á cualquier yugo extranjero.

Recuérdase todavía, y la Historia debidamente lo comprueba, la captura de los indomables guerrilleros Albino y Francisco García, efectuada al amanecer del 5 de Junio de 1812, con un lujo inaudito de detalles, propio más bien de cuentos y de leyendas, que de relatos de índole verídica, y el triste fin de ciento cincuenta individuos que sin misericordia fueron pasados por las armas en las goteras del Valle de Santiago el mismo día y horas

después de aprehendidos los cabecillas insurgentes.

Pero hay algo que no consigna en sus anales la Historia justiciera, ni el cariñoso empeño de conspicuos escritores muy devotos de los estudios que tienen relación con los movimientos de la Independencia mexicana y el culto de sus héroes y de sus mártires ignotos; y de ese algo que aquí y allá cubre el olvido y mantiene en abandono la incuria de los años, surge hoy un episodio digno á todas luces de la publicidad, siquiera sea por los méritos que entraña y el ejemplo que proporciona, aunque aparezca con el ropaje humilde y el desaliño consiguiente á mis exiguas facultades; que no por el mal vestido dejan de comprenderse y apreciarse las virtudes y los merecimientos de los hombres buenos, antes bien, las grandezas que de sus actos emergen, ocultan en ocasiones los defectos del estilo y las impurezas de la dicción.

\* \* \*

El año de 1812 vivía en el lugar antes citado, ocupando una de las principales habitaciones inmediatas al templo pa-

irroquial, la familia González, entre cuyos miembros contábanse el padre y dos hijos, que generalmente eran conocidos con el nombre de «Los Moros», denominación que tenía como origen la raza á que pertenecían; raza de caballeros y trabajadores, cuya memoria vive aún sin desvirtuarse en los gloriosos monumentos que de su permanencia dejaron en el fecundo territorio ennoblecido por D. Pelayo y Rodrigo Díaz de Vivar, Isabel la Católica, Carlos V, Felipe II y don Juan de Austria.

Como enteramente adictos á la lucha por la independencia de Nueva España, aunque sin tomar participación directa en las contiendas, gozaban «Los Moros» de marcadas y bien merecidas simpatías entre los comandantes insurgentes del Bajío, que frecuentaban el Valle de Santiago, á fin de ponerse de acuerdo con sus compañeros avecinados en ese lugar, para todos y cada uno de los movimientos relacionados con los planes de ataque y defensa en sus respectivas demarcaciones; así es que por la casa de los González discurrían á menudo los hermanos García, Andrés Delgado (el Giro), Tomás Valtierra, José María Magaña, los Vargas, Higinio Ramírez, Andrés Tamayo,

y otros no menos conocidos y admirados, que sentaron fama de indomables en las filas del ejército independiente.

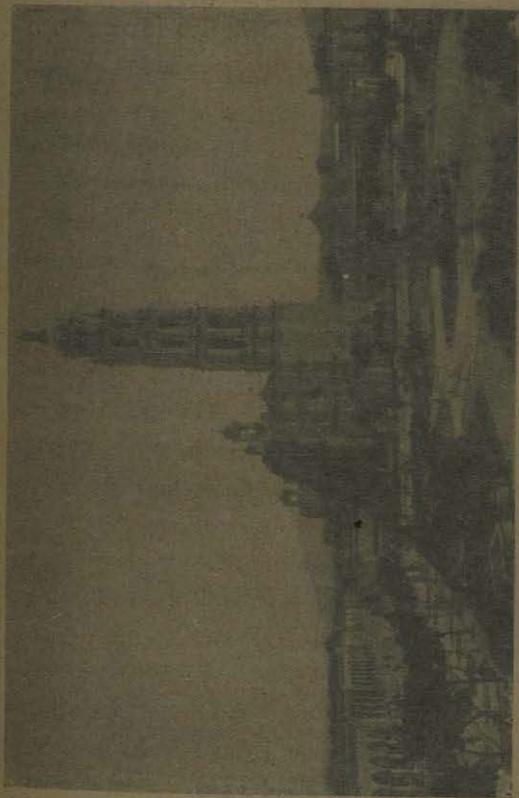
No pocas veces ayudaron «Los Moros» con subsidios de consideración á la causa de la insurgencia, según consta en escritos de la época y por las noticias que han venido transmitiéndose de padres á hijos, de algunos de los jefes insurgentes á personas honorables que viven todavía y dan testimonio fiel y completo de los acontecimientos, tal y como si personalmente los hubiesen presenciado.

Semejante manera de proceder de parte de los González, no pudo menos que llamar poderosamente la atención de los realistas, quienes sólo esperaban ocasión favorable para apoderarse de aquellos individuos que, sin desempeñar un papel de importancia en las revueltas, sí eran considerados como muy peligrosos para el sostenimiento de los derechos del trono español, sobre los fértiles y ricos terrenos conquistados por Hernán Cortés y los suyos; pues al apoyo material que con su fortuna prestaban al movimiento autónomo de México, añadíase el moral, que en casos de igual naturaleza, conviértese en factor maravilloso de magnas y perdurables empresas.

\* \* \*

El día 24 de Julio de 1812, las fuerzas independientes á las órdenes de D. José María Liceaga y el Dr. Cos, sufrieron en el Valle un terrible descalabro, que no era sino un preludio del ataque de don Agustín de Iturbide á los islotes de la laguna de Yuriria, fortificados y defendidos por el propio Liceaga, y á última hora por el padre D. José Mariano Ramírez, fusilado más tarde en Irapuato con D. José María Santa Cruz, D. Tomás Moreno, el minorista D. Felipe Amador y el ingeniero inglés Nelson, todos defensores de aquellos fuertes.

Dueño Iturbide de la situación en el Valle de Santiago, y sabedor de que en esa localidad vivían «Los Moros», de quienes había oído hablar como enemigos acérrimos del gobierno constituido, procuró á toda costa apoderarse de ellos, logrando su intento el 25 de Julio del mismo año, en los precisos momentos que los González asistían, acompañados de su familia, á la misa de función en la parroquia del pueblo; muy ajenos á lo que en su contra se tramaba, como honrados vecinos que, sin tener falta alguna que su

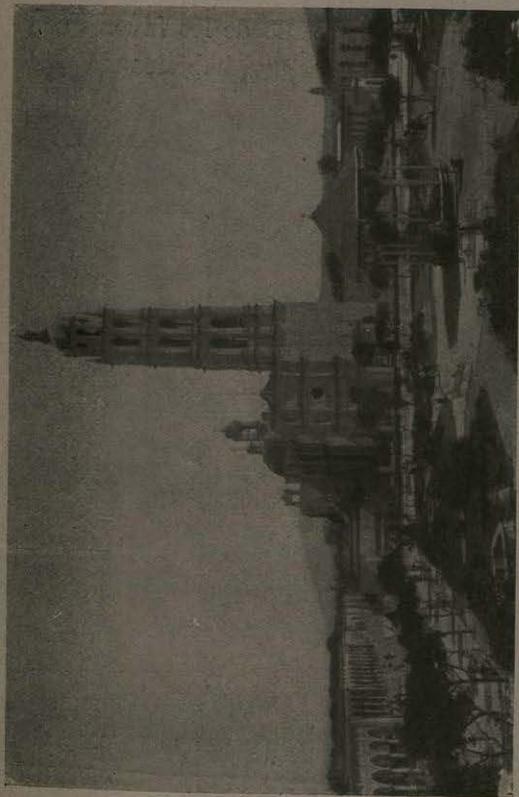


JARDÍN Y EXTERIOR DEL TEMPLO PARROQUIAL DEL VALLE DE SANTIAGO

\* \* \*

El día 24 de Julio de 1812, las fuerzas independientes á las órdenes de D. José María Liceaga y el Dr. Cos, sufrieron en el Valle un terrible descalabro, que no era sino un prelude del ataque de don Agustín de Iturbide á los islotes de la laguna de Yuriria, fortificados y defendidos por el propio Liceaga, y á última hora por el padre D. José Mariano Ramírez, fusilado más tarde en Irapuato con D. José María Santa Cruz, D. Tomás Moreno, el minorista D. Felipe Amador y el ingeniero inglés Nelson, todos defensores de aquellos fuertes.

Dueño Iturbide de la situación en el Valle de Santiago, y sabedor de que en esa localidad vivían «Los Moros», de quienes había oído hablar como enemigos acérrimos del gobierno constituido, procuró á toda costa apoderarse de ellos, logrando su intento el 25 de Julio del mismo año, en los precisos momentos que los González asistían, acompañados de su familia, á la misa de función en la parroquia del pueblo; muy ajenos á lo que en su contra se tramaba, como honrados vecinos que, sin tener falta alguna que su



JARDÍN Y EXTERIOR DEL TEMPLO PARROQUIAL DEL VALLE DE SANTIAGO

conciencia les reprochase, estimados de la buena sociedad por sus virtudes y de la clase menesterosa por su notorio desprendimiento, disfrutaban de envidiable tranquilidad en medio de los favores con que la próspera fortuna habíalos siempre distinguido.

Sin que fuera un obstáculo poderoso á los fines de D. Agustín de Iturbide lo respetable del lugar, los oficios que en él tenían verificativo, la muchedumbre de fieles que llenaba el interior de la iglesia y el escándalo consiguiente á los futuros actos, ordenó sin pérdida de tiempo la aprehensión del jefe de la familia González y de sus dos hijos, y dictó sentencia de muerte contra ellos, sin formación de causa ni trámites de ninguna especie, siguiendo á esto la bárbara costumbre de las represalias, que, lo mismo en uno que en otro partido, produjo terribles consecuencias y dió margen á reprobaciones apoyadas en la razón y en la justicia.

Se ofreció á Iturbide por el rescate de los prisioneros su peso en oro; pero fueron inútiles las proposiciones; tratábase de partidarios incondicionales de la bendita causa de la Independencia, y el perdón y los ofrecimientos fueron inmediatamente rechazados.

En la Plaza Principal del pueblo, frente á frente de la iglesia, que horas antes había sido atropellada, formóse el lúgubre cuadro, en cuyo centro colocáronse los ajusticiados, sin dar á conocer en su semblante el más mínimo rasgo de temor ó apocamiento: el espíritu había dominado á la materia, y en breve el suelo de México se tiñó de sangre redentora.

¡Tres nuevos mártires habían pagado con su vida el inmenso amor á la patria y el culto singular á sus libertadores!





## El Camarista Alvarado

**E**RA D. Manuel Roa uno de los más caracterizados vecinos del Valle de Santiago, así por los considerables bienes de fortuna, repartidos en magníficas haciendas ubicadas en los contornos de la población, como por sus ideas altamente patrióticas y progresistas, según lo demostró con actos meritorios de su vida llevados á buen fin, particularmente en los últimos sucesos que precedieron á la consumación de la Independencia.

Su casa, una de las principales de la localidad, se había distinguido siempre por las liberalidades de su dueño y por las frecuentes reuniones que en ella se verificaban entre los jefes de más nota del partido libertador, que se encontraban en puntos inmediatos al Valle, sosteniendo aún, con débiles fuerzas, aunque

sobradas energías, la noble causa que por mucho tiempo defendieron en pro de los indiscutibles derechos de su país y ventura de sus afligidos pobladores.

Con la temprana muerte de los caudillos que iniciaron aquella lucha portentosa, el indulto á que varios cabecillas se acogieron por debilidad de carácter, poca firmeza en sus opiniones ó cobarde temor á las represalias del bando contrario, y la escasez de los elementos indispensables al desarrollo y buen éxito de las operaciones de la guerra, determinaron bien pronto la falta de unión y disciplina en los individuos y en las colectividades, decayó en grado sumo el entusiasmo, la confianza de mejores días; y el genio poderoso de la libertad, que acompañando á Hidalgo y á Morelos, sirvióles de ariete formidable en los combates, plegó las alas é inclinó con tristeza la frente dolorida, como el águila simbólica de los sacerdotes indios del dios Huitzilopochtli al aproximarse á las costas mexicanas Hernán Cortés y sus compañeros de aventura.

Pocos eran los lugares en territorio de Nueva España donde manteníase sin extinguirse el fuego del patriotismo, recordando los memorables acontecimien-

tos de las Cruces y Cuautla, de Granaditas y el Veladero, y los terribles episodios que tuvieron lugar en Chihuahua y San Cristóbal Ecatepec. Algunos guerrilleros permanecían sin inmutarse, con el heroico valor y la salvadora fe de sus antecesores, en diversos puntos de la provincia de Guanajuato; y allá en las montañas del Sur, como el soberbio condor que desafía imperturbable los rigores de las tormentas, erguido sobre la abrupta roca de la cordillera de los Andes, el general D. Vicente Guerrero velaba por el porvenir de su nación abatida por interminable serie de acerbos padecimientos, como el genuino representante de los paladines de la libertad y de los héroes sin nombre, cuya sangre bienhechora, derramada en aras del más abnegado amor, elevábase á las regiones de la luz en demanda de justicia.

En el mes de Abril de 1817, la presencia de un nuevo campeón en la boca del río de Santander vino á levantar el decaído espíritu de los insurgentes y á dar impulso á la magna obra, objeto de tantos afanes, cuyos benéficos resultados parecían prolongarse por algún tiempo más, con grave perjuicio para México y sus futuras libérrimas instituciones, que ten-

dían al mejoramiento de las costumbres, á la libertad de los esclavos y á la perenne difusión de las luces redentoras de la ciencia en los cerebros entenebrecidos por larga y obscura noche de ignorancia y de infortunio.

El ilustre campeón, sobrino del héroe de la independencia española, D. Francisco Espoz y Mina, había conocido y tratado en Inglaterra al célebre sacerdote y Dr. Servando Teresa de Mier, y debido en gran parte á la buena amistad que con él lo ligaba, no menos que á la marcada simpatía que por nuestro país sintiera, hicieronle aceptar como suya la causa de una nación digna de mejor suerte por lo glorioso de su historia, lo extenso de su territorio, lo exuberante y rico de su suelo y la legendaria nobleza de sus pobladores.

Bajo muy buenos auspicios inició la campaña D. Francisco Javier Mina, manteniéndose en todas partes á la altura de su reputación como soldado valeroso y experto militar. «La buena suerte se manifestó favorable á Mina desde el momento que pisó las playas de la Nueva España — dice D. Niceto de Zamacois. — Bien acogido por los habitantes de Soto la Marina, vió, con notable satis-



ALBERCA DEL VALLE DE SANTIAGO

dían al mejoramiento de las costumbres, á la libertad de los esclavos y á la permanente difusión de las luces redentoras de la ciencia en los cerebros entenebrecidos por larga y obscura noche de ignorancia y de infortunio.

El ilustre campeón, sobrino del héroe de la independencia española, D. Francisco Espoz y Mina, había conocido y tratado en Inglaterra al célebre sacerdote y Dr. Servando Teresa de Mier, y debido en gran parte á la buena amistad que con él lo ligaba, no menos que á la marcada simpatía que por nuestro país sintiera, hicieronle aceptar como suya la causa de una nación digna de mejor suerte por lo glorioso de su historia, lo extenso de su territorio, lo exuberante y rico de su suelo y la legendaria nobleza de sus pobladores.

Bajo muy buenos auspicios inició la campaña D. Francisco Javier Mina, manteniéndose en todas partes á la altura de su reputación como soldado valeroso y experto militar. «La buena suerte se manifestó favorable á Mina desde el momento que pisó las playas de la Nueva España — dice D. Niceto de Zamacois. — Bien acogido por los habitantes de Soto la Marina, vió, con notable satis-



ALBERCA DEL VALLE DE SANTIAGO

facción, engrosadas sus filas con cien individuos que se alistaron voluntariamente, cuyo ejemplo siguieron otros cien que, como los primeros, le fueron siempre fieles y manifestaron su valor en los combates. También se le presentaron el teniente coronel de realistas D. Valentín Rubio y su hermano el teniente D. Antonio que, como nacidos en la provincia, la conocían perfectamente, y proporcionaron excelentes caballos para el ejército. Mina, con este auxilio, formó un cuerpo de húsares, además del regimiento de dragones que estaba ya formado, incorporando en uno y en otro los reclutas del país, que tenían la ventaja de ser todos excelentes jinetes.»

Una vez efectuadas las brillantes acciones que tuvieron lugar en diversos puntos de San Luis Potosí y Guanajuato, dirigióse D. Francisco Javier Mina al Valle de Santiago, en cuya población, por considerarla centro importante de las operaciones en el Bajío, estableció su cuartel general, fijando su residencia en la hospitalaria casa de D. Manuel Roa, que, como dijimos anteriormente, era uno de los más caracterizados vecinos de aquella localidad.

Desde entonces ligaron á D. Manuel los

más estrechos vínculos de amistad inquebrantable con el joven caudillo que hoy figura en el puesto de honor reservado á los héroes y á los redentores del suelo mexicano; y el amor, ese culto sublime de las almas, esa pasión avasalladora que atrae un sexo al otro sexo y funde en una la vida de dos corazones, hirió con sus dardos al guerrero y á la hija de D. Manuel, D.<sup>a</sup> Rita Roa, de tal manera, que el matrimonio hubiérase verificado, si la muerte no sorprende en plena juventud la carrera de triunfos y desvelos del infatigable soldado y meritisimo general.

En la casa de D. Manuel firmó Mina la célebre circular de 14 de Septiembre de 1817 invitando á los comandantes de los cuerpos independientes del Bajío para la defensa del fuerte custodiado por el Padre Torres, circular que encierra entre otras, las siguientes bellísimas palabras: — «Vamos, pues, mis nobles compañeros »de armas, vamos á libertar nuestro »general y á enervar los últimos esfuerzos »del enemigo. Conseguida esta victoria, »se destruyen todos sus planes, se para- »lizan sus débiles cuerpos militares, y se »aproxima la libertad de toda la América.»

A cuatro kilómetros del pueblo del

Jaral se encuentra la hoy Congregación de Santa Rita de la Zanja, donde por algunos años vivieron los generales D. Pedro y D. Luis de Cortazar, personajes que desempeñaron importante papel en el segundo período de la guerra de independencia, y más tarde, en el gobierno de la República. A ese lugar, y una vez que hubo expedido el documento anterior, dirigióse D. Francisco Javier Mina, librando reñido combate con el destacamento de D. Antonio Alvarado, teniente del regimiento de Celaya, el 16 de Septiembre, y decidiéndose la acción por los realistas el 17 del propio mes, gracias al oportuno auxilio del capitán D. Manuel de La Madrid.

En ese ataque murió D. Trinidad Magaña, uno de los jefes más notables del partido insurgente, y se distinguió entre los realistas, por su arrojo y valentía, el indígena anciano conocido con el nombre de «Tío Tarramplán».

Vuelto al Valle de Santiago, reúne Mina en la casa de D. Manuel Roa á Magaña, los Vargas, Andrés Delgado, Ramírez, Salmerón y otros comandantes del bando insurgente, les habla con entusiasmo de su venida á México, del futuro glorioso de la patria, de la entereza del

soldado en los días de tribulación, de la próxima campaña en favor del Padre Torres, que será preludio de felices acontecimientos.

En lo mejor de la plática, óyese á lo lejos el estampido de una arma de fuego, y la conversación se interrumpe como por milagro.

Después de algunos instantes de silencio, el comandante Magaña se dirige á Mina y le habla en estos términos:

— Señor General, salgamos presto, no hay momento que perder; el camarista Alvarado nos anuncia que el enemigo se presenta por el rumbo de Salamanca.

Abandonan todos el lugar de la reunión y el caudillo alista su gente en los terrenos que ahora ocupa la Alameda, dispuesto á defenderse á todo trance, cualquiera que sea el número de sus adversarios; pero como pasan las horas y nadie viene á turbar la calma de la población, regresa el general Mina á su alojamiento y allí vuelven á reunírsele sus compañeros.

— ¿Qué ha sucedido? — les pregunta con enojo. — ¿A qué hacerme perder el tiempo en ridículas esperas, si al fin ninguna novedad se ha registrado?

— Señor — le responde alguno, — el ca-

marista ha sufrido una equivocación; sin embargo, hay que agradecerle sus buenos servicios.

— ¿Quién es ese camarista y qué tiene que ver lo del disparo con la proximidad de nuestros contendientes?

— Señor — le dice Magaña, — el camarista es un pobre indio de raza pura, enemigo acérrimo de los realistas y entregado en cuerpo y alma á nuestros ideales; su nombre es Juan Alvarado; dedícase al obraje, y con el producto de su labor sostiene humildemente numerosa familia. Desde hace tiempo, acostumbra levantarse temprano; su mujer, Josefa Peña, le prepara el alimento indispensable, mientras él arregla su «camarita» y compra la pólvora suficiente; encamínase después á la Alberca (1), y allí se esconde durante el día en una pequeña gruta que le permite examinar con detenimiento los alrededores del Valle: si nota que los contrarios se acercan por el rumbo de Salamanca, dispara una sola vez; si lo efectúan por la hacienda de la Zanja, los disparos son dos; tres, si vienen por el camino de la Magdalena, y cuatro si se aproximan por el de Parangueo.

(1) Depósito permanente de agua, que ocupa el cráter de un volcán apagado.

— Ya verá usted — agregó el guerrillero, — que con estas señales, fácilmente podemos distribuir nuestros hombres y preparar la defensa con toda calma y con el mayor sigilo.

Maravillado quedó Mina al oír la relación que de los hechos del indio Juan acababa de hacerle el insurgente; como por encanto desapareció el mal humor de que al principio diera evidentes muestras el joven caudillo, quien pidió mil perdones á sus compañeros, los invitó á cenar en compañía de D. Manuel y les rogó invitasen también en su nombre al camarista, pues deseaba conocer personalmente á un individuo que, no obstante su ignorancia y lo humilde de su cuna, abrigaba en su corazón tan generosos sentimientos reveladores del más puro y desinteresado patriotismo.

Por la noche, y en el hogar de la familia Roa, efectuóse la presentación del centinela de la Alberca, y D. Francisco Javier Mina tuvo oportunidad de comprender toda la nobleza y todo el talento que las frases del camarista demostraban al hablar con extraordinario júbilo y suma entereza de los heroicos defensores de su país y del triunfo de la buena causa, basado en los auxilios de la Providencia y en los fueros del valor.

El general Mina abrazó efusivamente al camarista, le prodigó todo género de alabanzas por sus actos meritorios, y cuando le manifestó sus deseos de que aceptase una buena suma de dinero como recompensa á sus labores y para subvenir á sus apremiantes necesidades, Juan rechazó agradecido la oferta, diciéndole:

— No, señor amo. Todo lo que he hecho y seguiré haciendo en bien de mis hermanos, me nace del corazón y lo considero un deber de los más sagrados para mí. ¡Líbreme Dios de aceptar por semejantes servicios una remuneración! Yo soy pobre, y con mi trabajo apenas puedo mantener á mi familia; pero sé muy bien que la Providencia nunca desampara á sus hijos; ella se encargará de premiar mis acciones, si premio merecen, y no me dejará morir de hambre.

Tan elocuente contestación no daba lugar á réplica de ninguna especie.

El 11 de Noviembre de 1817, la sangre de D. Francisco Javier Mina derramábase sobre el crestón del cerro del Bellaco.

La existencia del héroe tenía un fin glorioso: el fin que está reservado á los benefactores de la humanidad.

La Historia justiciera podía honrar sus mejores páginas, escribiendo en ellas, con

caracteres diamantinos, el nombre y los hechos de aquel nuevo mártir de nuestra emancipación política, que bajaba al sepulcro en la primavera de la vida.

El indio Juan sobrevivió por mucho tiempo á la muerte de su protector y amigo; tuvo el inefable gozo de ver á su patria libre y en camino de conquistar un porvenir de calma.

La pobreza no dejó de llamar un solo día á la puerta de su casa, como la inseparable compañera de aquel hogar honrado y lleno de recuerdos de felicidad; pero el camarista no temía á las garras de la miseria; la Providencia nunca desampara á sus hijos; ella premiaría las buenas acciones del amigo de los insurgentes y no dejaría morir de hambre á los suyos.

